

## EL ACTOR Y DON QUIJOTE

DEBERÍA HABERME TRAI DO anhelos rejuvenecedores porque desplegaba esa vital hermosura de la que dicen que resucita a los muertos, pero su efecto fue el opuesto.

En principio, y al margen de su agresiva belleza, era una de los tantos periodistas que en mi ya dilatadísima carrera me han honrado con su interés. Pronto resultó evidente que su preparación para la entrevista no había sido todo lo concienzuda que mi vanidad hubiera deseado y, en consecuencia, sus preguntas se sucedieron con predecible reiteración. No parecía tener el más mínimo interés en saber nada de mí; se limitó a acosarme con el mismo interrogatorio al que ya me he sometido cientos de veces, y yo, que tengo pánico a repetirme porque es signo inequívoco de vejez—y porque tampoco quiero mentir—, tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos de creatividad para no contestar las consabidas preguntas de siempre con idénticas respuestas. Volví a escucharme hablando de mi padre —¡como no!—, el general fiel a la República que fue encarcelado y represaliado después de la guerra; de mi encuentro con Franco con motivo del estreno de una de mis películas, y del breve diálogo que sostuvimos:

—Su padre fue un gran militar. Qué lástima que se equivocara de lado.

—Mi padre fue un gran hombre que sufrió injustamente, Excelencia. (O algo por el estilo. ¿Quién puede distinguir entre cómo se comportó en un momento de su vida y cómo habría actuado si hubiera actuado con la experiencia que los años dan?)

Tampoco faltaron, porque no podían faltar, las...

—¿Qué significó para ti (no acabo de acostumbrarme al tuteo de estos jóvenes de hoy) *Frech Connection*?

—¿Cómo te sentiste en la ceremonia de entrega del Oscar?

—¿Estaba allí Silvester Stallone? (¿Silvester Stallone?)

Cuando le llegó el turno a Buñuel y Viridiana me di cuenta de que mi interlocutora me estaba confundiendo con Paco Rabal. De toda la conversación saqué en claro que aquella muchacha no había visto ninguna de mis películas, ni tenía por qué. Sólo me conocía como actor a través del Quijote que hicimos para Televisión Española.

—Ha sido un triunfo total de público y crítica — me dijo muy en su papel y en un tono pretenciosamente profesional —. Sobre todo, tu creación del inmortal caballero es sin lugar a dudas la mejor de cuantas se han intentado. ¿Cómo va el rodaje de la segunda parte?

—Va muy bien, a pesar de todos los pesares. Ya a mi edad, no resulta tan fácil ponerse esa armadura todos los días. Incluso montar a caballo, que tanto me gustaba, se me resiste ahora. Pero lo peor en cuanto a incomodidad física se refiere ya lo hemos terminado. Ahora sólo nos queda una escena, la más difícil, y para mí la más trascendental, la de la muerte de don Quijote.

Entonces fue cuando, sin darse cuenta— estoy seguro de ello— me hizo la única pregunta con sentido.

—Y después del Quijote, ¿qué vas a hacer? Será difícil encontrar otro personaje tan rico de matices.

Es imposible que una persona tan joven pueda comprender en toda su compleja magnitud el alcance de esa pregunta. Haría falta ser actor, madurado por el oficio y ayudado por los años para poder entenderlo.

Hay que reconocer que la mayoría de nosotros, cuando nos iniciamos en esta profesión, lo hacemos a impulso de una cierta vanidad juvenil. Algunos nunca superan esa etapa de inmadurez narcisista y continúan el juego infantil de hacerse pasar por otro de mentirijillas, pero quién soy yo para juzgar a nadie. Para otros—o al menos, para mí—actuar es la única manera de experimentar la vida en su máxima plenitud, de dar un sentido a nuestra existencia. Cuando me meto en la piel de un personaje—y no solamente cuando estoy ante las cámaras o el público, sino durante todo el tiempo que dura la producción, y aun antes y después—empiezo a actuar como él lo haría. Me sorprende a mí mismo pensando, sintiendo, hablando y obrando con una capacidad prohibitiva para el Fernando Rey de a pie. Se me da la oportunidad de vivir a otro nivel. El genio de Cervantes pudo imaginar la heroica existencia de mi Alonso Quijano, pero sólo yo puedo sufrir, amar, soñar, luchar por el bien, ofrecer generosamente mi vida en el empeño, experimentar la gloria del triunfo, fortificar mi espíritu en la derrota, enderezar entuertos, erradicar la injusticia del mundo, ser, gracias a don Quijote, mucho mejor de lo que soy. Y si en algunas escenas consigo acercarme a una buena interpretación, el público participará a través de mi actuación de una similar y catártica experiencia. Si eso llega a ocurrir, algo de mí perdurará en la memoria de aquellos con los que compartí lo mejor que puedo dar. Porque, al cabo, lo que hacemos en esta vida o es de todos o es del olvido.

Esta desorientada jovencita (¿Silvestre Stallone?) me ha hecho ver claramente cuán fácilmente el olvido se apodera de todo lo que en nuestra ensimismada ceguera consideramos significativo. ¿De qué servirá mi carrera, mi vida entera? ¿Supe al menos dejar un instante de mí capaz de impresionar a los que se me acercaron? ¿Se perderá mi alma para siempre como una brisa triste que se desmaya donde llega a morir el mar?

No sé qué respondí a la periodista, pero para mí la contestación tomó forma de axiomática evidencia. No hay ningún personaje que un actor pueda interpretar después de haber sido don Quijote. Ocurre con él como con su antecesor, Jesucristo: ningún actor que lo ha representado ha vuelto a hacer nada importante.

Durante los siguientes días, a medida que una tristeza física se me iba aposentando en el alma, la idea redentora empezó a tomar cuerpo dentro de mí. La última escena que nos quedaba por filmar sería—¡tenía que ser!—la que dejara eterna memoria de mí. Las Charites, quizá inspiradas por Talía, me habían concedido el más preciado don que nunca los dioses otorgaron a mortal alguno: vivir la muerte del más sublime de los personajes jamás creado por el ingenio humano. Tenía que conseguir la muerte perfecta de mi héroe, la interpretación ideal todavía por nadie conseguida. Para ello, habría que empezar por transmitir al espectador el estado de ánimo en que nuestro invencible y derrotado caballero se encontraba cuando se le arraigó la enfermedad postrera. Dice Cervantes que la causa principal quizás fuese la melancolía que le causaba el verse vencido. (Esa tristeza vaga, profunda y sosegada la siento tan a flor de piel que no necesito de Stanislavskys para evocarla.) El otro importantísimo factor a tener en cuenta es la voluntad de Alonso Quijano *el Bueno* de dejarse morir. Al recobrar el juicio y reconocer que todo heroico altruismo más que de una alta voluntad de perpetuar el bien parece proceder de engañoso desvarío, ¿qué nuevos caminos podría ofrecer la vida? (La conversación con mi joven entrevistadora dirigió mi sensatez hacia tamaña decisión).

Así que decidí morirme con mi personaje. Mi decisión consistía en alcanzar la muerte perfecta, esa muerte que hará susurrar a los espectadores, sorbiéndose las lágrimas con mucho disimulo: “¡Con qué naturalidad se nos muere! ¡Parece que lo está viviendo!”. Y qué mejor

manera de conseguirlo que morir en el intento. En realidad, no sería tan difícil como en un principio puede parecer. Para ello ya contaba con una gran ventaja inicial: mi falta de deseo de seguir viviendo. Por si acaso, claro está, también eche mano de otras legítimas ayuditas. Dejé de tomar las patillas para animar mi desmotivado corazón, inicié un ayuno riguroso que empezó a demacrarme a ojos vista, y, como postre, de vez en cuando tomaba pequeñas dosis de algunos remedios contra la vida que encontré en un manual sobre eutanasia. Lógicamente, mi estado de salud empezó a preocupar a familiares y amigos. A medida que pasaban los días sin que ninguna señal de mejoría se manifestase, entre los productores y el director del filme comenzó a cundir la alarma. Yo insistí en venir a los estudios para que pudieran seguir rodando, conmigo en la cama, las tomas ambientales previas al momento final, y aquí estoy todos los días como un clavo.

Alfredo Landa —mi buen Sancho— viene con frecuencia para interesarse por mi estado y animarme.

—Fernando, ¿cómo te sientes? Los médicos dicen que no te pueden encontrar nada serio. En cuatro días estarás como nuevo.

Cuatro días más tarde mi condición física se deteriora con arreglo a mis planes. A medida que mi fortaleza se diluye y difumina, mi ingenio parece agudizarse. Puedo casi leer los pensamientos y ver las intenciones de los que me rodean.

Es hora de hacer un ensayo general con vestuario. A ver cómo me sale. El cura está a punto de dar su famoso vaticinio y me preparo a responder con el gesto apropiado a su comentario:

—Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno.

Con toda la palidez de mi alma en el semblante, con la última tristeza —ya desnuda de melancolía— aguándome los ojos, con el alma anhelante del descanso final, finjo exhalar mi último suspiro. Aunque yo sé que mi próxima representación será la perfecta, tengo que reconocer que ésta no me ha salido mal del todo; tanto es así que los más cercanos a mí se han temido lo peor y corren a mi lado. Abro los ojos para tranquilizarlos, y poco a poco se van alejando. Para dejarme reposar. Alfredo vuelve y me mira fijamente a los ojos. Al muy socarrón no lo he podido engañar.

—Estás loco, Fernando. Sé lo que estás intentando hacer y no te voy a dejar que te salgas con la tuya. Tú eres demasiado buen actor como para no saber distinguir entre la realidad y la ficción. La irrealidad es condición inseparable del arte. Si mueres de verdad, ya no sería actuar, y la fama eterna que buscas te sería negada por aquellos que de verdad cuenta. A nadie se le escaparía tu artilugio.

Alfredo, Alfredo. Aunque no te lo pueda decir en voz alta porque tengo que ahorrar mis escasas fuerzas para el momento decisivo, te agradezco tu intención. Hablas de artilugios como si de una forma vergonzante de luchar contra el olvido se tratara, pero ¿no se han valido de ellos muchos de los inmortales—incluso, quizá, el mayor de todos—para perseverar en nuestro recuerdo? ¿No será la vida entera un desproporcionado artilugio? ¿Qué hay de malo en hacer de la muerte simplemente el último de ellos?

Así que continúo dejándome morir, pero no por ello Alfredo Landa se da por vencido. Si el amigo y colega no ha podido convencerme para que salga de mi estado de aparente letargo, quizá lo consiga el personaje.

—¡Ay! —me dice ahora Sancho, henchido de amor, llorando—. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un

hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie lo mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía.

La parrafada le ha salido bordada. Sin duda ésta será la toma definitiva. Gracias ahora a ti, Sancho. Lo siento, mi buen escudero, pero ya se me han acabado las fuerzas y los motivos para urdir nuevas farsas. Ya no me volveré a vestir ni de caballero, ni pastor, ni de ermitaño, ni de nada. Heme aquí totalmente desnudo de apariencias.

Se está acercando el gran momento. Una paz confortante me envuelve protectora. Estoy dispuesto. Aún oigo la voz de Alfredo en su penúltimo intento:

*... que querer hombre morir  
cuando Dios quiere que viva  
es locura.*

—Amigo, no me quieras confundir confundíendote.

Melancolía, ¿de dónde viene tu fuerza que ni amor, ni éxito, ni familia, ni amistad doblegarte puede? Ven, pues, muerte cuando puedas. El espíritu está presto y la carne ya no se resiste.

—Fernando, Fernando. Escucha. Acaba de llegar un fax de Hollywood. Oliver Stone te necesita para una gran superproducción que él va a dirigir. Se basará casi exclusivamente en los últimos quince años de la vida de Picasso, y dice que el proyecto de ninguna manera se podría llevar a cabo sin ti.

¿Es el último de tus trucos, Alfredo? No. Puedo ver que esta vez no mientes. ¡Picasso! Los últimos años de su vida. Poder encarnar toda la vitalidad, la fortaleza, la pujanza con que vivió sus años ochenta y se metió en los noventa. Mi corazón, sin necesidad de pastillas, está apunto de acelerar el ritmo de sus latidos. La sangre sólo espera la orden de mi voluntad para continuar su riego vitalizador. Sancho me mira expectante. Las cámaras están preparadas para inmortalizar nuestras dos muertes. ¡Picasso! ¿Picasso? ¡No! ¡Don quijote! Lo siento, Pablo, pero tú tampoco querías que yo suplantara a Alonso Quijano *el Bueno* contigo.

Antes de que el emocionado director dé su última orden —que yo ya no escucharé—, en este lecho cristiano, entre la compasión y las lágrimas de los que aquí se hallan, doy mi espíritu a quien me lo dio; quiero decir que me muero.

—¡Corten!